

Señor don Juan Carlos Blanco:
Señor Rector de la Universidad Católica, don Jorge Swett:
Señor Pro-Gran Canciller de la Universidad Católica, Monseñor Jorge Medina:
Autoridades presentes:
Señoras y señores:

En nombre de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile, tengo hoy el alto honor de dar la bienvenida al ex Canciller de la República Oriental del Uruguay, don Juan Carlos Blanco, cuya presencia en esta Casa de Estudios representa un motivo de orgullo para toda nuestra comunidad universitaria.

La trayectoria pública de nuestro ilustre huésped (~~referencia a su currículum~~) abarca el campo universitario, político y diplomático, ámbito este último en el cual alcanzó la máxima responsabilidad de su país al desempeñar brillantemente el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores de su Patria.

Fue precisamente desde el cargo de Canciller ^{del Uruguay} ~~de su país~~, donde la figura del señor Blanco adquirió un relieve continental, y pasó a convertirse en una de las voces más respetadas de América Latina.

Todavía perdura en el recuerdo de los chilenos, su notable intervención en la ceremonia inaugural del Sexto Período Ordinario de Sesiones de la Organización de los Estados Americanos, realizada el año pasado en nuestra capital, y en la cual nuestro distinguido visitante de hoy representara a todos los Cancilleres del continente para responder el discurso de apertura de dicho evento, pronunciado por S.E. el Presidente de la República de Chile, General de Ejército don Augusto Pinochet Ugarte.

Sin embargo, hay otros motivos adicionales que han inducido a nuestra Federación de Estudiantes a invitar a nuestra Patria a don Juan Carlos Blanco, y que le dan a su visita un significado especial.

La mayor parte del mundo está viviendo hoy una crisis política tan honda, que mientras la seguridad de las personas se ve amenazada por el fenómeno irracional y primitivo del terrorismo, la libertad de los pueblos que han llegado a conocerla, se encuentra sofocada o debilitada por la acción paciente e implacable del totalitarismo marxista, que penetra y desquicia a tantas Naciones y seres humanos, sin reconocer fronteras ni admitir desmayos en su tarea destructora.

Los nuevos pueblos que día a día se incorporan con su independencia al concierto internacional, también están expuestos a influencias o imperialismos que los arrastran a perder o arriesgar la autonomía que buscan al nacer, mientras que el valor de los principios de nuestra civilización humanista y cristiana, en cuanto éstos tienen de universal y de permanente, no aparece ante el mundo con un vigor y un atractivo capaces de iluminar caminos que, sin perder su carácter original y autóctono, puedan fundirse en el común anhelo de engrandecer al hombre.

Ante esa evidencia, resulta imposible desconocer que la crisis que hoy afecta al Occidente, es primordialmente una crisis moral y espiritual, que lo lleva a no tener fe en sí mismo y en su misión frente al resto del mundo.

No ha sido ajena a esta realidad nuestra propia América Latina.

Sin ir más lejos, Chile y Uruguay han debido afrontar en época reciente una común amenaza, que su solidez de democracias maduras y su vitalidad de pueblos jóvenes les permitió conjurar, pero comprendiendo eso sí que la construcción de un futuro estable, creador y fiel a sus respectivas tradiciones nacionales, exigía una profunda modificación de aquellas fórmulas y hábitos políticos que habían demostrado su condición vulnerable frente a la embestida tendiente a conculcar la libertad de cada una de nuestras Naciones.

Ni las características de ambos procesos ni las soluciones que hoy se están plasmando son idénticas, pero no cabe duda que reconocen similitudes importantes que se extienden de una u otra forma, al resto de América Latina.

La irrupción de intervenciones militares de claro signo institucional, en la vida política de la mayoría de los países de nuestro sub-continente, es asimismo una realidad que no se puede ignorar, y ha obedecido a la necesidad de defender la subsistencia misma de nuestras Naciones, de su libertad, y de su camino para dar vida a una democracia renovada, que no deje espacio para quienes pretenden destruirla, y que se demuestre eficaz para lograr el bienestar y la justicia.

América Latina tiene hoy una voz propia que hacer resonar ante la humanidad. Voz de realismo frente a las utopías, de reafirmación espiritual ante el materialismo dominante, y de esperanza creadora en torno a un futuro amagado por el escepticismo que genera la confusión de tantos conductores espirituales y políticos del mundo libre.

Intercambiar experiencias y puntos de vista a fin de que nuestro sub-continente, y especialmente el Cono Sur de América, hagan emerger con más poten-

cia su palabra rectificadora, y derroten así la inaceptable condición de acusados, en que ciertas incomprensiones internacionales pretenden colocar a sus pueblos y Gobiernos, es precisamente la raíz principal del desafío que hoy nos congrega.

Chile y Uruguay se hermanan en una estrecha afinidad cultural, que puede dar a esa voz la fuerza de dos pueblos dignificados por una honda raigambre jurídica, que con las diferencias que derivan de sus diversos rasgos peculiares, han comprendido en esta hora que la garantía futura para seguir siendo libres, atraviesa por el coraje de no transar sus respectivas resoluciones soberanas, y de no ceder ante quienes desde otras latitudes se han anclado en juicios que para nosotros sólo encierran perspectivas de esquemas que ya nos condujeron a dramas y fracasos que no queremos repetir.

Señor don Juan Carlos Blanco:

La juventud de esta Universidad Católica tiene a mucho honor el haber encabezado precursoramente en Chile, hace exactamente diez años, una posición de rescate de los auténticos valores cristianos, patrióticos y universitarios, todo ello cuando la mayoría de nuestro país y del resto de nuestra juventud, parecían aún deslumbrados por las engañosas luces de la demagogia. Desde aquí surgió una clarinada de alerta y una decisión de lucha inquebrantable que, pocos años después, en la dura prueba en que Chile se vio expuesto a la inminencia del abismo comunista, adquirió los caracteres de un símbolo y de un testimonio juvenil que jamás serán olvidados.

De ahí brota un compromiso que hoy sentimos con palpitante actualidad, y que consiste en robustecer, perfeccionar y culminar con éxito, esa ^{suprema} decisión ^{libertadora} ~~suprema~~ que hace algunos años arrancó desde las entrañas mismas de nuestra nacionalidad, y cuyo desenlace final no puede desligarse del contorno americano y mundial en que nos encontramos insertos.

Es por ello que la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile, le expresa esta tarde su más profunda gratitud por haber aceptado su invitación a nuestra Patria, y está cierta de que su ilustrada palabra abrirá nuevos horizontes y fortalecerá muchas voluntades para asumir la responsabilidad que América Latina y sus pueblos tenemos frente al resto del mundo.

Muchas gracias.